

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Las tres Españas

Para comprender el mundo de las ideas y de las cosas, la mente siempre anda buscando una tercera vía. No obstante, para explicar el sentimiento de España, sus guerras civiles y sus poetas se empeñaron en dividirla en dos mitades. Y llamaron profunda a la mitad estancada en la barbarie. En última instancia, la intuición y la acción entienden mejor la complejidad social reduciéndola a dos elementos simples en discordia, que con un tercer factor de conciliación. La necesidad de hacer la síntesis entre dos contrarios no parece estar en el mundo externo de las cosas sociales, sino en las estructuras internas de la mente que las percibe y en las oposiciones antitéticas que dan su lógica a los mitos primitivos y al lenguaje binario de los ordenadores. La teoría anatómica de los tres cerebros y la teoría analítica de las tres grados de conciencia situarían a la España profunda en el cerebro del cocodrilo y en la mente subconsciente. En ese cerebro y en esta mente se sitúan los sentimientos y las acciones de la España oficial. Un tercio de España se identifica ahí. En el Estado laberíntico de las sentinas de la ciudad. En la razón de Estado, que la razón de humanidad no comprende, donde el crimen y la mentira se justifican con brutal desparpajo en el principio de autoridad.

★

Tisa tercera parte de los españoles, la que apoyó activamente a la dictadura, defiende ahora con uñas y dientes la satrapía de **Felipe González**. Se suele creer que las personas cambian de actitud ante el Estado, según sea la naturaleza de su régimen político. ¡Qué gran error! La tercera parte que sostiene, contra el viento y la marea de la putrefacción, al gobierno socialista, está en los mismos nichos sociales que apuntalaron sobre tierra firme la sinrazón de la dictadura. Sólo ha cambiado de posición la Iglesia. El mundo obrero sindicado ocupa la misma función que la del sindicato vertical. La mayor parte de los intelectuales también está, como en el franquismo, en la España oficial. El problema es que esa tercera parte dominante impone su ley, sin necesidad de coacción, a otra tercera parte, la de la España ofensiva. Ese tercio acomodaticio que, ante el horror de la dictadura y la satrapía, reacciona con tolerante y prudente resignación. Su miedo pánico a los cambios políticos, le hace razonar con escepticismo conservador. A este tercio que vota sin saber a qué ni por qué, no le gusta la corrupción, pero nunca hará nada para acabar con ella y construir un ideal que ilumine su pobre visión de la vida.

★

Queda por fin la tercera parte que rechaza no tanto a los bárbaros corruptos, como al régimen de barbarie, dictadura y oligarquía, que los produce. Aquí está la conciencia moral y la juventud. La esperanza de que la libertad política, aquella que determina las cosas del poder, establezca la democracia y la decencia en los asuntos públicos. En esta tercera parte, que no participa en la farsa electoral del Estado de partidos, se dan la mano la mayor sabiduría y la mayor ignorancia política. Los que se abstienen de votar porque saben demasiado, incluso que el hecho de votar legitima tanto a lo que hay como al grupo de **Fraga y Martín Villa** que lo va a sustituir; y los que no votan porque no saben nada. Honrosa compañía. La división de los españoles en tres tercios, por razón de su apoyo, acomodación o rechazo al régimen de poder en el Estado, sea cual sea su naturaleza no democrática, parece ser más estable y profunda que la producida por la división ideológica entre la derecha, la izquierda y el centro. Y tampoco coincide con la diferencia de carácter que provoca la distinción entre conservadores, moderados y radicales. Nunca, como ahora en el Estado de partidos, se había concentrado una mayor dosis de conservadurismo social y radicalismo criminal en un gobierno. Hasta tal grado llega el extremismo gubernante, y la inoperancia activa de la oposición, que la rebelión contra el régimen político, en nombre de la democracia, acapara todas las variantes posibles de la moderación personal.

TRIBUNA LIBRE

ONU: la caída del imperio azul

[MICHAEL IGNATIEFF]

En julio pasé una semana haciendo un reportaje sobre el secretario general de las Naciones Unidas en su viaje por África. Visitó una iglesia en Ruanda, donde los cuerpos en descomposición del genocidio de 1994 aún yacían desparramados por el cementerio de la iglesia. Tomó tierra en una pista de aterrizaje llena de arbustos en Angola para persuadir al líder de la guerrilla, Jonas Savimbi de que pusiera fin a la devastadora guerra civil; aterrizó en medio de la selva ecuatorial para hacerle una visita a uno de los granujas de peor reputación de África, el presidente Mobutu de Zaire. Mientras atravesaba el continente negro en su reactor Falcon 900 alquilado, las operaciones de la ONU en Bosnia se tambaleaban y desmoronaban. Butros Ghali vio la caída de Zepa en la televisión de Mobutu y comenzó a tomar decisiones clave al tiempo que interceptaba llamadas en un hotel de Angola. Todo su drama, sucesivamente macabro, surrealista y tragicómico, se recoge en la película de Tim Lambert, «Guardianes del caos».

Sería demasiado fácil ver la película como una nueva interpretación del fracaso de la ONU, como otra crónica más de su incapacidad. La desilusión respecto a Naciones Unidas se ha convertido en uno de los clichés de nuestra época. La realidad es mucho más compleja. Naciones Unidas se ha apuntado algunos éxitos modestos a su favor: un alto el fuego y unas elecciones democráticas en Mozambique; una transición democrática en Namibia; la reconstrucción de la sociedad civil y política en El Salvador; el éxito en la congelación del enfrentamiento greco-turco en Chipre; la reconstrucción de Camboya. En

Angola, la operación de la ONU tiene alguna posibilidad de terminar con «la guerra civil más prolongada de África». En Burundi, un diplomático de Naciones Unidas, Ahmed Ould Abdallah, ha conseguido el solo y, durante dos años, impedir que el genocidio se extendiera al norte de Ruanda.

Pero como Butros Ghali confesaba en su viaje, ninguno de estos éxitos parece contar si se compara con los fracasos de Somalia y Bosnia. Y además hay otros fracasos: la incapacidad de la ONU por detener la pesadilla de la guerra civil de Afganistán;

mundo que sus fundadores nunca hubieran podido imaginar. Ya no interviene en disputas entre estados, sino dentro de los estados. Ya no actúa como mediadora entre soberanías, sino que lucha por evitar que las soberanías se desintegren bajo la tensión de la guerra civil. Se creó como una organización de estados y sin embargo ahora se apela a ella, una vez tras otra, para que proteja a las personas frente a sus estados.

Con el fin de hacer frente a la cultura de la muerte, Butros Ghali ha presidido la mayor concentración militar de la historia de la ONU: de 4.000 soldados encargados de mantener la paz en 1992 a casi 70.000 en 1995, repartidos en 15 operaciones por todo el mundo. En su viaje por África visitó todos sus puestos de avanzada imponiendo medallas en los uniformes, presidiendo los desfiles militares, comportándose como el emperador de un imperio azul. Sin embargo las apariencias engañan. Está al mando de contingentes militares que un jefe de Estado envidiaría, aunque no tiene poder para ordenarles entrar en acción y las exigencias de imparcialidad impiden a sus soldados luchar en la guerra. La ONU tiene el único ejército del mundo que puede conseguir victorias sin disparar un sólo tiro. Es el único ejército del mundo cuya principal arma es meramente simbólica: el respeto irracional hacia la bandera azul y hacia esa ficción elevada —la comunidad internacional— por la que sigue vigente.

Los que viven para la cultura de la muerte —los señores de la guerra, los milicianos y los respetables presidentes de los estados— han aprendido lo fácil que es dispararles a los que sirven bajo la bandera azul. Cada vez que se desafía su autoridad, la legitimidad de la comunidad

Si la ONU sigue el mismo camino que la Sociedad de Naciones, el caos volverá

el desmoronamiento de Sierra Leona y Liberia; la represión de Indonesia en el Este de Timor; el intento sangriento de los rusos de aplastar a los chechenos. A éstos les llama Butros Ghali «dos conflictos huérfanos», los que ignora la atención promiscua y selectiva de Occidente. Por todas partes Naciones Unidas está muy ocupada, me dijo, está luchando contra «la cultura de la muerte», el culto a la violencia por la violencia. Este no es el fin para el que se creó la Organización. Lo que está haciendo es tratar de reinventarse a sí misma en un

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

Sumas y restas en la comisión de los GAL

El devorador de periódicos se desayunó ayer con los comentarios a la constitución de la comisión de investigación de los GAL en el Senado y la solicitud del suplicatorio al ex ministro José Barriónuevo por el juez **Eduardo Moner**. En **ABC**, **Jaime Campmany** advertía al ex ministro que «la negación a ultranza ya no es una disculpable mentira de defensa, sino una inútil estupidez» y la información firmada por **Angel Collado** remachaba las tesis del rotativo conservador: el PP quiere «dejar en evidencia las res-

pensabilidades políticas del Gobierno» y los nacionalistas vascos «lograr que la Benemérita deje el País Vasco». Para tranquilidad de sus lectores, **ABC** añadía que «los dirigentes del PP, con **José María Aznar** al frente», se han comprometido a evitar las maniobras

del PNV y atenerse a los objetivos explícitos de la comisión. Ese fin es el que anuncia el portavoz popular en el Senado, **Miguel Angel Acebes**, en declaraciones a **Diario 16**, aunque el periódico da otro tono a su titular: «El PP sigue protegiendo a **Galindo**».

Sin embargo, **Egin** abre su portada con un sonoro «Trápidico en el Senado» y asegura que «el PP ha ofrecido al PNV apoyar la comparecencia de **Galindo**» a cambio de que éste lo haga con las de dirigentes socialistas. Si buscando aclaración uno acude a las tradicionales «cartas familiares» que el diputado **Itziar Anasagasti** publica cada domingo en el diario nacionalista **Deia**, se encontrará sólo con tres apuntes: que destaca que **IIB** no votó en el Senado porque «no le interesa que se investigue el